

## Para analizar los movimientos estudiantiles<sup>31</sup>

Analyze students movements

Denisse de Jesus Cejudo Ramos<sup>32</sup>

### RESUMEN

Los movimientos estudiantiles son considerados parte fundamental de la historia contemporánea de México. Aunque existe una amplia producción sobre el tema, la disciplina histórica ha reparado poco en la discusión sobre el movimiento estudiantil como una categoría y sus dimensiones. Este trabajo tiene por objetivo proponer una definición de este actor colectivo como una expresión de los movimientos sociales, reconociendo la relevancia de la idea de educación para su constitución. Partiendo de ello, busco delinear tres presupuestos: construcción, heterogeneidad y especificidad de lo local, como punto de partida para la construcción de una agenda de investigación dinámica.

### PALABRAS CLAVE

Movimiento estudiantil, Movimiento social, Educación, Historia, México

---

<sup>31</sup> UNAM. Programa de Becas Posdoctorales en la UNAM, Becaria del Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación (IISUE), asesorada por el doctor José Raúl Domínguez Martínez. Proyecto de investigación "Análisis de las interpretaciones sobre los movimientos estudiantiles mexicanos en la historiografía especializada, 1978-2015"

<sup>32</sup> Doctora en Historia moderna y contemporánea, Becaria Posdoctoral en el IISUE, profesora de asignatura en la Facultad de Filosofía y Letras asimismo en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y coordinadora académica del Seminario Permanente de Historia Contemporánea y del Tiempo Presente de México. Correo electrónico: denisse.cejudo@gmail.com

## SUMMARY

Student movements are considered a fundamental part of the contemporary history of Mexico. Although there is ample production on the subject, the historical discipline has not noticed much in the discussion about the student movement as a category and its dimensions. This work aims to propose a definition of this collective actor as an expression of social movements, recognizing the relevance of the idea of education for its constitution. Starting from this, I seek to delineate three budgets: construction, heterogeneity and specificity of the local, as a starting point for the construction of a dynamic research agenda.

## KEYWORDS

Student movement, Social movement, Education, History, Mexico

### 1. Introducción

Los movimientos estudiantiles son considerados objeto de estudio de las ciencias sociales, especialmente a partir de la década de 1960, y retomados por los historiadores como uno de los actores más relevantes de la historia contemporánea de América Latina. Como actores colectivos les han asignado capacidad de incidencia en el cambio social y político de los países, extendiendo su influencia más allá los límites de las instituciones educativas.

Para el caso mexicano la historiografía ha puesto especial énfasis en la importancia del movimiento estudiantil de 1968 (ME68), asignándole el lugar del punto de inflexión del

siglo XX condicionando, en palabras de Lorenzo Meyer, “la democratización del país” (2003: 13-31). En este sentido, los movimientos sucedidos antes o después de éste aparecen como narrativas subsidiarias de un modelo prototípico que delimita el *deber ser* de los mismos (Cejudo y Santiago, 2018: 26).

A pesar de la centralidad de estos actores en los discursos historiográficos, los estudios de caso han reflexionado poco sobre la categoría de movimiento estudiantil, además de omitir sus dimensiones analíticas y los presupuestos retomados por los observadores.<sup>33</sup> Los movimientos aparecen multicitados en las interpretaciones como objetos “espontáneos” producto de grupos “homogeneos”, considerados parte de un mismo macroproceso denominado en singular “el movimiento estudiantil mexicano” (Cejudo, 2017: 65-67). Resumiendo, se han dado por sentados sus elementos constitutivos como las características de los actores, los objetivos, la organización y el contexto de producción.

Lo anterior sugiere que, a pesar de conocer a profundidad los procesos, existe una dispersión en términos teóricos y metodológicos. Cuando atraen conceptos y categorías para la investigación, generalmente retomados de otras disciplinas, suelen preguntar por alguna expresión particular, sin advertir la complejidad del objeto.<sup>34</sup> En este escenario, el objetivo de este artículo es iniciar una discusión sobre la categoría movimiento estudiantil y proponer tres presupuestos, como punto de partida, para la construcción de una agenda que dinamice el análisis de estos actores colectivos en la historiografía.

---

<sup>33</sup> Podemos mencionar como excepciones los trabajos impulsados por Renate Marsiske sobre los movimientos estudiantiles en América Latina en los que aboga por una visión interdisciplinaria, aunque han analizado poco los casos mexicanos. De la misma forma las investigaciones de Jaime Pensado (2013, 2016, 2018) buscan una desnaturalización de los sujetos y procesos, aunque de forma más intuitiva y poco explícita, pero funda un nuevo momento historiográfico que rompe con la interpretación del ME68 como eje del activismo estudiantil mexicano.

<sup>34</sup> Este trabajo coincide con la argumentación presentada por el académico Edwin Cruz (2016) quien analiza el caso de la historiografía colombiana destacando condiciones similares en torno a la poca claridad conceptual, de las dimensiones y presupuestos para el estudio de los movimientos estudiantiles.

Coincido con las narrativas hegemónicas en considerar a los movimientos estudiantiles como catalizadores del cambio político en las regiones de México, debido a ello es imprescindible debatir estas nociones. Considero la relevancia y valía del trabajo producto de la historiografía, parto de sus interpretaciones para identificar qué falta preguntarnos y partiendo de ello proponer una ruta, aunque ni final ni definitiva, de cómo construir un análisis de mayor complejidad.

Este trabajo se divide en tres secciones, en la primera presento una propuesta de la categoría movimiento estudiantil para el escenario mexicano y como expresión de los movimientos sociales, enseguida expongo tres presupuestos, retomando el análisis sociológico, denominados: construcción, heterogeneidad y especificidad local. Por último, como consideraciones finales, sistematizó una breve agenda de investigación sobre la temática, con la finalidad de incentivar el análisis de los movimientos estudiantiles mexicanos e iniciar la discusión en términos metodológicos.

## **2. Como punto de partida, una definición de movimiento estudiantil**

La línea del tiempo de los movimientos estudiantiles contemporáneos en América Latina inició en 1918 en Córdoba, Argentina.<sup>35</sup> El surgimiento de las universidades modernas, al igual que el sentido de la educación como constructora de sociedad, generaron una novedosa dinámica estudiantil iniciadora de cambios en las relaciones sociales a lo largo de la región y manifestándose a través de los congresos estudiantiles. A partir de estos procesos específicos podemos ubicar a los estudiantes como desafiantes de las tradiciones, tanto educativas como políticas y sociales.

---

<sup>35</sup> Considero que las expresiones estudiantiles anteriores a este periodo, desde el análisis de la acción colectiva y los movimientos sociales, no pueden denominarse movimientos por el carácter de las instituciones educativas que los contextualizan. Pienso en movimientos estudiantiles a partir de la constitución de las universidades modernas.

Hacia la década de 1960 inició en análisis académico de las movilizaciones estudiantiles en términos globales y desde diversas disciplinas comprendiéndolas como actividades de grupos estudiantiles involucrados en manifestaciones públicas (Aranda, 2000: 230-232). En palabras de Aldo Solari (1967: 853) estos actores eran más destacables para el caso Latinoamericano ya que contenían al cuerpo estudiantil más activo y políticamente poderoso del mundo. Para Solari perseguían dos dimensiones en sus objetivos: la gremial y la política, condiciones necesarias para su construcción, sostenimiento y logro. Años más tarde Orlando Albornoz (1971: 3-25) elaboró un esquema muy similar en el que expresó una síntesis del marco de análisis utilizado hasta ese momento para Europa y Estados Unidos.

En el mismo periodo, desde México y retomando la experiencia del ME68, Jean Meyer expuso en el texto “El movimiento estudiantil en América Latina” (1969) una argumentación sobre las características generales de este actor colectivo para la región. Al igual que Solari y Albornoz, propuso pensar teóricamente a los estudiantes organizados dentro de un grupo revolucionario con el objetivo de cambiar el orden social y ampliar los privilegios de los ciudadanos.

Las visiones de Solari, Albornoz y Meyer pueden concretarse en una definición del movimiento estudiantil como: resultante de conflictos generacionales propios de las sociedades modernas y sus instituciones educativas, con objetivos gremiales y políticos de orden colectivista, desarrollan estructuras organizativas de larga sostenibilidad en el tiempo y aglutinan a un bajo porcentaje de estudiantes, asimismo, aunque tienen una dimensión internacional, responden directamente a la “naturaleza” nacional de sus problemas.

De acuerdo con Meyer (2008: 194-195), al momento de conseguir sus objetivos inmediatos, los estudiantes regresan a refugiarse en las instituciones donde encuentran seguridad y desactivan sus objetivos de trascendencia social dejándolos sólo en términos de

los discursos. De forma crítica, Solari (1967: 868) insiste en identificar los discursos de los actores visibles para someterlos a la duda metodológica, de esta manera invita a construir categorías tendientes a desnaturalizar sus comportamientos y a no producir resultados con base en sus discursos autoreferenciales argumentando que no suelen coincidir con lo vivido históricamente.

Si bien estos intentos de comprender las dimensiones de los movimientos estudiantiles deben situarse como respuestas a las protestas de la época, es importante resaltar sus intentos para delinear una categoría para complejizar los estudios académicos. Aunque la producción científica ha sido prolífica sobre estos actores en las últimas décadas (Gómez, 2003; Acevedo y Samacá, 2011; Marsiske, 1999, 2006, 2015, 2017; Donoso, 2017; Jiménez, 2018; Cejudo y Santiago, 2018) pocos ejercicios problematizan su definición (Fleet, 2011; Yepes y Calle, 2014; Sánchez, 2015; Cruz, 2016; Muñoz y Durán, 2019). Generalmente los consideran como expresiones de los movimientos sociales, pensados desde las escuelas dominantes del análisis sociológico, contextualizados en los estudios de las oportunidades políticas, en la escuela de las estructuras de movilización, los procesos enmarcadores y la dimensión identitaria, todos parte de la llamada “agenda clásica de los movimientos sociales”.<sup>36</sup>

Un punto de referencia es la multicitada definición sobre los movimientos sociales del sociólogo Sidney Tarrow (2012: 37), considerándolos como “desafíos colectivos planteados por personas que comparten objetivos comunes y solidaridad en una interacción mantenida con las élites, los oponentes y las autoridades” (López, 2005; Fernández, 2014; Cruz, 2016). A partir de ella se analizan diferentes procesos para América Latina y México, los observadores definen el nivel de análisis de su interés, pero

---

<sup>36</sup> A finales de la década de los noventa fue consensada una síntesis de lectura compleja que analizara las distintas dimensiones de los movimientos sociales, pueden revisarse en el libro *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, editado por Dough McAdam, Jhon McCarthy y Mayer Zald (1999). Para una revisión histórica de las discusiones sobre las teorías de la acción colectiva y los movimientos sociales en orden temporal puede consultarse el texto de Funes Rivas María Jesús y Monferrer Tomás Jordi (2003).

generalmente en las obras históricas debido a su carácter específico, no problematizan los presupuestos condicionantes de esta propuesta.

Podemos decir que la sistematización más completa para el caso mexicano y latinoamericano es la de José María Aranda (2000), quién partiendo de esta tradición analizó la condición del movimiento estudiantil como una categoría adyacente. Aranda (2000: 231-232) identifica a este actor colectivo como un nuevo movimiento social considerando que comparten características centrales: son antimodernos, su organización no es jerárquica y sus aspiraciones no son materiales. Partiendo de lo anterior, propuso algunos rasgos típicos para el caso latinoamericano (Aranda, 2000: 242-247):

- a) Son conformados por los sectores modernos de la sociedad y estudiantes críticos.
- b) Tienen un alto nivel organizativo en constante renovación, regularmente atiende a una diferenciación entre el núcleo activista y la masa juvenil.
- c) Se identifican con los excluidos, aparecen disputas generacionales como constitutivas, suelen comulgar con ideologías de izquierda o no oficiales y son antiestatistas.
- d) Sus objetivos pueden dividirse en gremiales y políticos.

Podemos observar en las dimensiones expresadas que las diversas propuestas coinciden en ubicar al actor, su forma de organización y sus objetivos como dimensiones necesarias para definirlos, pero parten del presupuesto de una preexistencia a la visibilidad del actor, esto es, que hay organización o identidad antes de que aparezca el movimiento social. A inicios del siglo XXI surgió una propuesta de Doug McAdam, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2004) denominada dinámica de la contienda política. Aunque contribuyeron y alentaron la consolidación de la “agenda clásica de los movimientos sociales”, evidenciaron que su

visión fue productiva pero estática. La caracterizaron como limitante en términos analíticos y especialmente deshistorizante de los actores colectivos, del mismo modo simplificadora de los conflictos y espacios donde se producen.

Su principal propuesta fue eliminar la barrera entre la política formal y la no formal, atendiendo a una idea de disputa por el poder, centrándose en los objetivos de estos actores caracterizados como buscadores de la modificación en la toma de decisiones. Iniciaron distinguiendo las contiendas políticas de los movimientos sociales, reconociendo diversos momentos históricos llamados contienda contenida y contienda transgresiva. Construyeron una agenda que permite visualizar la construcción y desarrollo de los actores colectivos, del mismo modo, buscaron ubicar los cambios en repertorios, organización, discursos y en la consolidación interna de los movimientos sociales a lo largo de las contiendas.

Consideramos relevante atraer esta perspectiva puesto que, en el caso de los movimientos estudiantiles mexicanos, hay constantes analíticas que se han discutido poco y continúan limitando la categoría movimiento estudiantil al análisis coyuntural, eliminando su dimensión histórica y específica. Por su parte, Andrés Donoso (2018) abona a esta discusión proponiendo una necesaria inclusión de la dimensión educativa y su incidencia en la transformación social, esto permitiría ampliar el horizonte sobre los objetivos específicos que son simplificados en gremiales o políticos.

Partiendo de las distintas propuestas, con sus debidas coincidencias, propongo una definición para iniciar la discusión sobre las posiciones dicotómicas de los objetivos que separan la dimensión política de la actividad estudiantil, así también de la situación de sus estructuras organizativas históricamente variables o de los esencialismos utilizados constantemente para justificar las interpretaciones. Nos apegamos, siguiendo la propuesta de José María Aranda, a entender el movimiento estudiantil como expresión de los movimientos sociales en tanto que es una producción compleja y dinámica.



Por lo tanto, propongo definir un movimiento estudiantil como **a)** un actor colectivo, producto de una contienda política, conformado por estudiantes (o sujetos identificados como estudiantes) con referentes identitarios comunes ligados a una institución educativa. **b)** Su forma de organización es estructurada y solidaria en torno a **c)** objetivos inmediatos ubicados en términos de lo institucional o extra-institucional, pero tienen la **d)** aspiración de modificar o construir sociedad partiendo de comprender a **e)** la educación como una condición para ello, aunque su definición varíe. **f)** Para lograr sus objetivos desarrollan estrategias, junto a sus aliados naturales o estratégicos, y **g)** producen repertorios de acción específicos y variables durante la contienda, atendiendo a sus tradiciones políticas históricas, **h)** frente a uno o varios oponentes, entre los que generalmente están representantes institucionales o estatales.

Esta propuesta tiene el objetivo de abrir el debate sobre los lugares comunes que plantean como única especificidad la condición estudiantil de sus actores o la adscripción a una orientación ideológica. Además, busco ampliar la discusión sobre los objetivos inmediatos para rebasar la idea de las instituciones educativas como espacios no políticos, por el contrario, retomando la propuesta de Imanol Ordorika (2001) considero implícito en el *deber ser* de la educación al menos un objetivo de orden político<sup>37</sup> implicando la incidencia en las esferas de la sociedad y la política.

### 3. Tres dimensiones para analizar un movimiento estudiantil

A partir de comprender al movimiento estudiantil como un objeto de análisis complejo, con diversas dimensiones, cambiante en el tiempo y en constante interacción con otros actores, es importante aclarar que esta propuesta para historiadores son puntos de partida y no respuestas. No busco persuadir de un análisis general o limitado a estos

---

<sup>37</sup> En este trabajo consideramos lo político en los términos expuestos por el académico Martín Retamozo (2009: 70) “Lo político posee un carácter sustantivo y una función instituyente, mientras que la política supone una lógica instrumental de administración de lo instituido”.

presupuestos, comprendo la delimitación de objetivos y preguntas, pero considero necesario, reconocer al menos sus distintas partes para plantear una investigación.

En esta distinción de tres presupuestos metodológicos retomo tradiciones de discusión de la sociología y la ciencia política, pero específicamente la propuesta de la dinámica de la contienda política, porque la considero una vía explicativa que posibilita la construcción e historización de nuestros objetos de estudio. Reconozco como límite que la explicación de un presupuesto sugiere el diálogo permanente con los otros, pero lo asumo como una distinción analítica necesaria con fines metodológicos.

### **3.1 Construcción**

Las interpretaciones dominantes de historiografía mexicana, han negado el carácter constitutivo, modificable y variable de los movimientos estudiantiles, al señalarlos como expresiones espontáneas ligadas a impulsos o a la “naturaleza” juvenil de los sujetos. Este principio descarta la racionalidad política (Auat, 2003: 45-46) de los sujetos constituyentes de estos fenómenos, los supone como actores que “reaccionan” a estímulos, contrario a considerarlos capaces de identificar, evaluar y actuar frente a diferentes motivaciones.

El presupuesto de la construcción parte de identificar la racionalidad política de los actores como la capacidad para detectar agravios (Moore, 1996). Lo anterior, sólo es posible a través de la experiencia y conocimiento de los sucesos situados, lo cual les permite resolver cómo actuar frente a ellos, debido a que la construcción normativa es producto de la diada experiencia-contexto. En este sentido, establecer la producción de un conflicto, dentro o fuera de los límites institucionales, nos permite ubicar el proceso de construcción del agravio dando como resultado una agenda de objetivos para los diversos movimientos estudiantiles.

Al partir de la racionalización de los objetivos, es posible detectar la construcción de un actor colectivo que se aglutina a su alrededor. Los movimientos estudiantiles

emergen en el ámbito institucional, escenario dentro del cual empiezan a marcarse las diferencias entre aquellos sujetos que se unen a sus demandas y los que no lo hacen, dando lugar a una toma de decisiones para adherirse a ellos, a sus oponentes o no definir una postura. En este proceso, pueden observarse las condiciones de posibilidad para la consolidación del colectivo estudiantil como puede ser: la apertura de los representantes institucionales, las variables del sistema político, la capacidad de reclutamiento, las redes de aliados y oponentes.

Este supuesto, opuesto a una tradición que parte de la espontaneidad en la producción de los movimientos estudiantiles, da lugar a la pregunta por el punto de nacimiento de la acción colectiva. Los historiadores mexicanos regularmente apuntan a las situaciones externas como causa de los movimientos estudiantiles y suelen considerarlos ajenos a las instituciones educativas. La construcción como presupuesto, nos permite polemizar sobre el momento previo que evidencia las relaciones políticas internas y externas institucionales, las experiencias participativas de los actores estudiantiles, asimismo nos deja observar los referentes simbólicos constituyentes de la primera cohesión del actor colectivo.

Como punto central, la construcción sugiere reincorporar la historicidad de los movimientos estudiantiles al no considerarlos como algo dado, pensarlos cambiantes en su línea del tiempo, posibilitando la identificación de variabilidad interna y externa. El señalamiento del cambio en los movimientos estudiantiles, en el caso mexicano, a veces es considerado como un defecto en las movilizaciones. Por oposición a esto, apelando al principio de la construcción, sostengo que no puede ser utilizado como medida normativa, sino como un principio fundamental de la organización colectiva que siempre está en búsqueda de la gestión del conflicto.

### **3.2 Heterogeneidad**

He detectado como una necesidad en la historiografía mexicana<sup>38</sup> la reafirmación de la unidad como característica central de los movimientos estudiantiles. Partiendo de ello, suelen interpretarse como objetos homogéneos, sin contradicciones internas y dirigidos al orden. Ya señalaba Alberto Melucci (2002) que si esa unicidad se da es sólo posible como producto consensado y no principio fundacional de los movimientos. La heterogeneidad es un presupuesto para señalar la complejidad de diversos niveles de análisis del movimiento estudiantil y de las instituciones educativas. Esto último se acentúa frente a las interpretaciones dominantes de la historiografía, que privilegian la movilización de estudiantes universitarios, cuando esta sucede en diversos niveles de escolaridad, también en una amplia variedad de instituciones educativas no universitarias, mayormente en públicas, pero también en privadas.

Los sujetos constituyentes del movimiento estudiantil también son variados y plurales. Iniciando por su conformación histórica, aparecen hombres y mujeres realizando distintas actividades; pueden variar en grupo social, en algunos son clases medias urbanas y en otros campesinos socialistas. De la misma forma, podemos rastrear múltiples expresiones internas, destacando las posiciones de los distintos sujetos en la organización y estructura de la movilización, vemos sujetos distribuyendo información y a otros reservándola, personas proponiendo cambios y grupos consensando, esto permite visibilizar una diferenciación interna, aunque no siempre sea estable ni estructurada.

Los objetivos de movilización, suelen estar siempre a debate, poniendo en juego internamente distintos puntos de vista y formas de ejecutar sus repertorios para conseguirlos. De acuerdo con Solari (1967) y Albornoz (1971), los movimientos estudiantiles son grupos minoritarios, debido a ello este presupuesto obliga a pensar en los “otros” estudiantes, los discordantes que se consolidan como oponentes, de la misma

---

<sup>38</sup> Una característica de la historiografía mexicana es que gran parte de los investigadores fueron actores de los procesos que analizan.

forma, pueden identificarse colectivos no interesados en participar en ninguna de las arenas del conflicto.

La heterogeneidad también se expresa hacia el exterior constitutivo de los movimientos estudiantiles. Sus aliados son variables, algunos participan activamente, otros fungen como actores solidarios y algunos de forma anónima. De la misma manera, los oponentes, a quienes la historiografía mexicana caracteriza como bloques homogéneos, presentan diversidad a lo largo del conflicto en sus repertorios, en sus escenarios de actuación y en las argumentaciones. Como ejemplo podemos identificar a los profesores, los sindicatos, las autoridades institucionales, los distintos niveles de gobierno, los jóvenes no estudiantes, actores locales, grupos empresariales y la iglesia.

Este presupuesto abre la oportunidad de la comparación entre los movimientos estudiantiles, asumirlos de forma heterogénea nos permite reconocer diferentes dimensiones para ver similitudes y diferencias; delimitar sus especificidades descarta la posibilidad de ser repetición idéntica en un modelo dado que sólo cambia de lugar y temporalidad o sólo una pieza del rompecabezas llamado “el movimiento estudiantil”. El presupuesto de heterogeneidad implica asumir al movimiento estudiantil negociándose constantemente en todos los niveles, posibilitándole adaptarse y modificarse en el tiempo.

### **3.3 Especificidad de lo local**

Como expresamos al inicio, la historiografía mexicana ha considerado al ME68 como modelo para evaluar las movilizaciones estudiantiles. Este presupuesto asume que, aunque existan experiencias compartidas entre distintos movimientos, la especificidad local de la institución educativa y de su región, son condición de posibilidad para la construcción, sostenimiento y declive de la acción colectiva. Los historiadores

generalmente buscan la singularidad de los procesos, por ello insistimos en reconocer el escenario histórico de la movilización.

Los espacios en que se dirimen los conflictos y surgen los movimientos estudiantiles, son específicos, concretos y revelan sus características locales. Las instituciones educativas son el primer nivel de la arena que buscamos discutir, porque tratamos con comunidades políticas en constante disputa donde se generan mecanismos específicos para la resolución de conflictos. Es en este contexto donde los colectivos estudiantiles experimentan e identifican formas de relacionarse o resisten a ellas. Es necesario presuponer la existencia de una cultura política específica, tanto en la institución como en la región, para empezar a delimitar las características de producción del movimiento estudiantil.

En el caso mexicano, las regiones del país donde se producen son también de posibilidad para la visibilidad de los movimientos estudiantiles. No recibe la misma atención una movilización universitaria en la Ciudad de México en la década de 1960 que otra desarrollada en una escuela de agricultura en la región fronteriza de Chihuahua en 1967. Las relaciones generadas con los gobiernos de orden federal, estatal o local son diferenciadas y además existen prácticas de negociación en los diferentes niveles que definen los cambios y arreglos convenidos con los estudiantes movilizados.

Pensar desde este presupuesto no implica renunciar las especificidades nacionales o globales, pero permite la ubicación de una variedad de movilizaciones diferenciadas o como propongo podrían formar parte de generaciones de movimientos, o de tipologías diversas para con ello renunciar al presupuesto que se sujeta a la idea de una esencia que recorre el siglo XX mexicano y que es inherente a la juventud.

Por último, es importante retomar la variable de las instituciones educativas como condición de posibilidad para la construcción del movimiento estudiantil. Lo anterior, debido a que en las historias suele considerarse la primacía analítica de la dimensión

ideológica o de los objetivos inmediatos de estos actores, pero es poco frecuente la comprensión de las instituciones educativas como espacios de conflicto, siendo fundamentales para analizar el desarrollo de estos actores. Conocer la historia de las instituciones nos permite explorar las formas de relacionarse entre los diferentes grupos conformantes de las comunidades educativas, reconociendo redes, objetivos repetitivos y también a los actores que escalan o desaparecen a lo largo de los procesos.

Conocemos poco las historias políticas contemporáneas de las instituciones educativas mexicanas, porque han sido supuestos como espacios despolitizados. Observamos fragmentos de ellas a partir de coyunturas o de episodios transgresivos que interrumpen su cotidianidad, pero poco sabemos de las negociaciones internas, de las disputas por el posicionamiento de las disciplinas, de la consolidación de grupos de poder y de la conflictividad, esto último comprendido como algo inherente y no patológico de las instituciones educativas (Ordorika, 2001).

#### **4. Notas para una agenda de investigación**

Partiendo de la definición sugerida, sus distintas dimensiones y de los presupuestos metodológicos, consideramos a esta propuesta como una primera propuesta que busca sistematizar e iniciar la discusión sobre las posibilidades analíticas de los movimientos estudiantiles mexicanos. Por lo anterior, estas notas finales tienen como intención enunciar algunos de los múltiples problemas a discutir, que se sugiere se hagan a través de aportaciones enfocadas en la metodología o explicitadas desde los estudios de caso.

- a) Las instituciones educativas son espacios de conflicto. Existe una condición política en ellas al estar reproduciendo una idea de sociedad, por ello son espacios de posibilidad para la construcción de movimientos estudiantiles.

- b) Los movimientos estudiantiles pueden comprenderse como producto de la racionalidad política de los sujetos, pero no se contraponen a las motivaciones emocionales y afectivas.
- c) Hablaremos de movimientos estudiantiles en plural. Lo anterior porque, contrario a las visiones dominantes, aunque se conecten en objetivos o redes, estas acciones colectivas son expresiones específicas diferenciadas situadas en un espacio y tiempo. No concordamos con la versión académica ahistórica y esencialista que unifica, homogeneiza y singulariza al llamado “movimiento estudiantil”.
- d) Considero los presupuestos denominados construcción, la heterogeneidad y la especificidad de lo local, surgidos por oposición a las interpretaciones dominantes de la historiografía mexicana, como principio que dinamiza el análisis. Lo anterior, porque la historiografía ha tendido a señalar como “defectos” de los movimientos estudiantiles la construcción racional, la heterogeneidad en su interior o exterior, las contradicciones y los límites locales.
- e) No considero como labor de los historiadores identificar si existen modelos normativos de los movimientos estudiantiles. En la medida en que retomemos, discutamos y negociemos las dimensiones de la definición propuesta en este trabajo, podremos integrar a la diversidad de expresiones colectivas estudiantiles: de distintas tendencias ideológicas, con referentes tradicionales o modernos sobre la educación, con prácticas radicales, revolucionarias o pacifistas.

## BIBLIOGRAFÍA

Acevedo Tarazona Álvaro y Samacá Alonso Gabriel (2011), “El movimiento estudiantil como objeto de estudio en la historiografía colombiana y continental: notas para un balance y una agenda de investigación”, en Revista Historia y Memoria, núm 3.



Albornoz, O. (1971). El significado del movimiento estudiantil. Santiago de Chile: Corporación de Promoción Universitaria.

Auat Luis Alejandro (2003), "La racionalidad política. Principios y mediaciones", en Tópicos, núm. 11.

Aranda Sánchez José María (2000), "El Movimiento Estudiantil y la Teoría de los Movimientos Sociales", en Revista Convergencia, enero-abril, núm 21.

Cejudo Denisse (2017), "¿Una nueva generación de movimientos estudiantiles? El Comité Estudiantil de la Universidad de Sonora (CEUS) 1991-1992", en Roberto González Villarreal y Guadalupe Olivier, Resistencias y alternativas. Relación histórico-política de movimientos sociales en educación, México: UAM-A y Editorial Terracota.

Cejudo Ramos Denisse de Jesus y Santiago Jiménez Mario Virgilio (2018), "La historia contemporánea y del tiempo presente en México, hipótesis para discutir", en Denisse de Jesus Cejudo Ramos y Mario Virgilio Santiago Jiménez, Revisitando el movimiento estudiantil de 1968. La historia contemporánea y del tiempo presente en México, México: Facultad de Filosofía y Letras- UNAM.

Cruz Rodríguez Edwin (2016), "Pensar el movimiento estudiantil", en Revista Ciencias Humanas, Vol 13, enero-diciembre, núm 1.

Donoso Andrés (2017), "El movimiento estudiantil mexicano de 1968 en clave latinoamericana: aproximación a las nociones de educación y transformación social", en Historia Crítica, enero-marzo, núm 63.

Donoso Andrés (2017), "Constantes en los movimientos estudiantiles latinoamericanos: Aproximación a partir del caso chileno de 2011", en Revista Historia de la Educación Latinoamericana, Vol 19, enero-junio, núm 28.

Fleet Nicolás (2011), "Movimiento estudiantil y transformaciones sociales en Chile: una perspectiva sociológica", en Polis. Revista Latinoamericana, núm 30.

Funes Rivas María Jesús y Monferrer Tomàs Jordi (2003), "Perspectivas teóricas y aproximaciones metodológicas al estudio de la participación", en María de Jesús Funes Rivas y Ramon Adell Argilés, Movimientos sociales: cambio social y participación, Madrid: UNED.

Gómez Nashiki Antonio (2003), "El movimiento estudiantil mexicano. Notas históricas de las organizaciones políticas, 1910-1971", en Revista Mexicana de Investigación Educativa, Vol 8, enero-abril, núm 17.

Jiménez Héctor (2018). El 68 y sus rutas de interpretación. Una historia de las historias del movimiento estudiantil mexicano, México: Fondo de Cultura Económica.

López Sánchez Roberto (2005), "Fundamentos teóricos para el estudio de los movimientos estudiantiles en Venezuela", en Cuaderno Venezolano de Sociología, Vol 14, octubre-diciembre, núm 4.

Marsiske Renate (1999). Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina I, México: CESU-UNAM-Plaza y Valdés.

Marsiske Renate (1999). Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina II, México: CESU-UNAM-Plaza y Valdés.

Marsiske Renate (2003). Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México 1918-1929, México: CESU-UNAM-Plaza y Valdés.

Marsiske Renate (2006). Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina III, México: CESU-UNAM-Plaza y Valdés.

Marsiske Renate (2015). Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV, México: IISUE-UNAM.

Marsiske Renate (2017). Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina V, México: IISUE-UNAM.

McAdam Doug, McCarthy John y Zald Mayer (1999). Movimientos sociales: perspectivas comparadas, Madrid: Istmo.

McAdam Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly (2005). Dinámica de la contienda política, Barcelona: Hacer editorial.

Melucci Alberto (1999). Acción colectiva, vida cotidiana y democracia, México: El Colegio de México.

Meyer Jean (2008), "El movimiento estudiantil en América Latina", en Sociológica, año 23, septiembre-diciembre, núm 68.

Meyer Lorenzo (2003), "La visión general", en Ilán bizberg y Lorenzo Meyer, Una historia contemporánea de México, tomo 1, México: Oceano-El Colegio de México.

Moore Barrington (1990). La injusticia. Bases sociales de la rebelión y la obediencia, México: IIS-UNAM.

Muñoz Tamayo Víctor y Duran Migliardi Carlos (2019), "Los jóvenes, la política y los movimientos estudiantiles en el Chile reciente. Ciclos sociopolíticos entre 1967 y 2017", en Izquierdas, núm 45.

Ordorika Imanol (2001), "Aproximaciones teóricas para un análisis del conflicto y el poder en la educación superior", en Perfiles Educativos, Vol 23, núm 91.

Pensado Jaime M. (2013). Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian political culture during the long sixties, California: Stanford University Press.

Pensado Jaime M. (2016), "El movimiento politécnico de 1956: la primera revuelta estudiantil en México de los sesenta", en Renate Marsiske, Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV, México: IISUE-UNAM.

Pensado Jaime M. (2018). México beyond 1968. Revolutionaries, radicals, and repression during the global sixties and subversive seventies, Tucson: The University of Arizona Press.

Retamozo Martín (2009), "Lo político y la política: los sujetos políticos, conformación y disputa por el orden social", en Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, Vol 51, núm 206.

Sánchez Amaro Luis (2015), "Aproximaciones teóricas para el estudio del movimiento estudiantil nicolaita y caracterización de su desarrollo histórico", en Revista Mañongo, Vol 23, enero-junio, núm 44.

Solari Aldo E. (1967), "Los movimientos estudiantiles universitarios en América Latina", en Revista Mexicana de Sociología, Vol 29, octubre-diciembre, núm 4.

Yepes Grisales Daniel y Calle León Víctor (2014), "Hacia la historia del Movimiento Estudiantil en Colombia: elementos teórico-metodológicos fundamentales", en Transpasando fronteras, núm. 6.